

283

2020

3<sup>er</sup> Trim.

**iglesia viva**  
*pensamiento crítico y cristianismo*

[www.iviva.org](http://www.iviva.org)

**iviva**

## **Más allá de la pandemia. Vivir en estado de excepción**

**Mercedes Arbaiza, Daniel Barreto  
y Sebastián Mora [Coord.]**

**Gemma Simmonds CJ  
Karlos Pérez de Armiño  
F. Javier Vitoria Cormenzana**

También escriben:

**Xabier Pikaza. [Conversación con  
Mercedes Arbaiza]**  
*Vivir la pandemia desde el corazón de la  
teología cristiana*

**Sebastián Mora Rosado**  
*Ingreso mínimo vital: trayectoria y retos*

**Montserrat Escribano**  
*Repolitizar el mundo, cuerpos aliados  
en tiempos de contagio y descarte*

**Ester Busquets Alibés**  
*La peste de Camus en tiempos de  
coronavirus*

# iglesia viva

*pensamiento crítico y cristianismo*  
revista trimestral fundada en 1966  
directora: Teresa Forcades i Vila

**n° 283, julio-septiembre 2020**

## **Mas allá de la pandemia. Vivir en estado de excepción**

Coordinadores: Mercedes Arbaiza, Daniel Barreto  
y Sebastián Mora Rosado

### **DIRECTORA DE LA REVISTA**

Teresa Forcades i Vila. Monestir de Sant Benet de Montserrat

### **CONSEJO DE DIRECCIÓN**

Carlos García de Andoin. Presidente de *Asociación Iglesia Viva*. IDTP. Bilbao

Mercedes Arbaiza Villalonga. Universidad del País Vasco. Bilbao

Daniel Barreto. Instituto Superior de Teología. Las Palmas de G. Canaria

Ester Busquets Alibés. ISCREB. Insti. Sup. de Ciències Relig. de Barcelona

Roberto Casas. Instituto Diocesano de Teología y Pastoral. Bilbao

Antonio Duato Gómez-Novella. Gestor de Iglesia Viva. València

Montserrat Escribano Cárcel. Facultat de Teologia de València

Neus Forcano i Aparicio. ISCREB. Insti. Sup. de Ciències Relig. de Barcelona

Anna Eva Jarabo Fidalgo. Universitat Ramon Llull. Barcelona

Víctor M. Marí Sáez. Universidad de Cádiz

Sebastián Mora Rosado. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid

Joaquín Perea González. IDTP. Instituto Diocesano de Teología y Pastoral. Bilbao

José Miguel Rodríguez. Universidad de Valladolid

José A. Zamora. Instituto de Filosofía del CSIC. Madrid

## Más allá de la pandemia. Vivir en estado de excepción

### PRESENTACIÓN

---

**5 El estado de excepción  
como lugar teológico**

Mercedes Arbaiza, Daniel Barreto y Sebastián Mora

### ESTUDIOS

**13 Para los oprimidos, el estado  
de emergencia es la regla**

Gemma Simmonds CJ

**27 La COVID-19 como ensayo  
global de excepcionalidad**

Karlos Pérez de Armiño

**45 «Otra normalidad» es posible.  
Una mirada al futuro del  
postcoronavirus desde la tradición  
mesiánica y apocalíptica cristianas**

F. Javier Vitoria Cormenzana

### CONVERSACIONES CON...

---

**61 Xabier Pikaza.  
*Vivir la pandemia desde el corazón  
de la teología cristiana***

Mercedes Arbaiza

### SIGNOS DE LOS TIEMPOS

**79 Ecofeminismo.  
Tejiendo redes**

Yolanda Sáez

**83 El cristianismo primitivo  
ante las epidemias**

Fernando Rivas Rebaque

**89 Y cuando todo esto pase,  
nosotros seguiremos aquí**

Rafael Carriegas

**SIGNOS  
DE LOS TIEMPOS**

**99 Como si la tierra  
se las hubiera tragado**  
Emilia Oliver del Olmo

**105 Experiencia del coronavirus  
en un cohousing de mayores**  
Timoteo Cruces Gaitán y Víctor J Gómez Pérez

---

**CONTRIBUCIONES**  
**Ecos**

**109 Cultura y... ¿muerte de Dios?  
Modernidad y religión a partir de la  
lectura de Terry Eagleton**  
Rafael Ruiz Andrés

**115 Repolitizar el mundo, cuerpos aliados  
en tiempos de contagio y descarte**  
Montserrat Escribano

**Verba**

**121 Ingreso mínimo vital:  
trayectoria y retos**  
Sebastián Mora Rosado

**129 El viático de la Naturaleza en la  
gran prueba del Antropoceno**  
Josep Maria Mallarach

---

**PÁGINA ABIERTA**

**135 *La peste* de Camus  
en tiempos de coronavirus**  
Ester Busquets Alibés

---

**RESEÑA CULTURAL**  
**Teatro**

**139 Juan Mayorga: irradiaciones del exilio**  
Daniel Barreto

**Libros**

**141 El grito en la intemperie**  
**Xabier Pikaza: *Lectura de Job***  
M<sup>a</sup> Ángeles López Romero

# iglesia viva

*pensamiento crítico y cristianismo*  
revista trimestral fundada en 1966  
directora: Teresa Forcades i Vila

© **Asociación IGLESIA VIVA**

ISSN: 0210-1114

Edita y distribuye: ADG-N Publicaciones, SL.

Directora editorial: María A. Catalán Martín

Apartado 12.210

46020 Valencia

Tel. 963 622 532

E-mail: libros@adgn.es

Redacción: Apartado 12.210

46020 Valencia

Tel. 963 622 532

E-mail: iviva@iviva.org

Impresión: Hathi Estudio Creativo, S.L.

c/ Aviación 36.

46940 Manises (Valencia)

info@hathiestudio.com

Depósito legal: V 1.639-1973

**SIGNOS  
DE LOS  
TIEMPOS**

## **El cristianismo primitivo ante las epidemias**

**Fernando Rivas Rebaque.** Profesor de Historia Antigua de la Iglesia y Patología. Facultad de Teología. Universidad Pontificia Comillas

**E**n la Antigüedad se afrontaban las epidemias desde tres perspectivas: una, de carácter religioso, pidiendo a los dioses su protección; otra, una solución de corte político, mediante la implicación de los poderes públicos en todo lo relacionado con la enfermedad; y, por último, un planteamiento más médico, con cuestiones más sanitarias.

Dependiendo de las diferentes situaciones y contextos se acudían a unas u otras perspectivas, pues la epidemia no la vivían igual ni tenían los mismos recursos para hacerle frente los campesinos que los habitantes de las ciudades, los miembros de la plebe que los círculos aristocráticos, los esclavos que los ciudadanos libres, los hombres que las mujeres, los niños o ancianos que los adultos.

Para el estudio de cómo el cristianismo primitivo se enfrentó a las epidemias nos centraremos en dos figuras paradigmáticas de mediados del s. III, Cipriano de Cartago y Dionisio de Alejandría, a los que les tocó vivir siendo obispos una plaga (no sabemos si viruela u otra enfermedad de corte vírico) que azotó el Imperio romano durante los años 249 al 252.

### *Perspectivas habituales en la Antigüedad*

En ambos casos, Cartago y Alejandría, la epidemia estuvo precedida de una persecución contra los cristianos por parte del nuevo emperador, Decio, que mediante un edicto (año 249) obligó al culto al emperador, lo que motivó numerosas apostasías y martirios entre los cristianos. Este elemento es importante tenerlo en cuenta porque eliminó prácticamente una de las posibles medidas de la Antigüedad frente a las epidemias (la participación de los poderes públicos en la solución de la enfermedad) al tiempo que marcó la respuesta de las comunidades cristianas, al conectar la epidemia con las persecuciones a las que habían sido sometidas con anterioridad.

El otro elemento habitual en casos de pandemias, la protección de los dioses mediante una serie de ceremonias de carácter propiciatorio, también estaba bloqueado puesto que desde sus orígenes el movimiento cristiano se caracterizó por su oposición a los dioses existentes, a los que consideraba falsos ídolos, y su negativa a los sacrificios, tanto los de carácter cruento como incruento, pues el único sacrificio válido era el que se había realizado en Jesucristo.

El tercer elemento, el sanitario, en realidad no jugó un papel importante en la Antigüedad, pues la medicina estaba reducida a los miembros del estamento superior y contaba con escasos recursos científicos (por ejemplo, Celso, uno de los grandes médicos de la Antigüedad, ante la epidemia que se produjo en tiempos de Marco Aurelio vio como único recurso huir a la otra parte del Imperio), mientras la gran mayoría de la población acudía a curanderos, sanadores populares y otras personas con escasa o nula preparación, cuando no conectados directamente con el mundo de la supers-

tición y la magia, duramente cuestionadas por el cristianismo, que en cambio no tenía ningún problema con las actividades médicas.

### *Planteamiento cristiano ante la epidemia*

Entonces, si las tres perspectivas habituales de hacer frente a las epidemias en la Antigüedad no podían ser utilizadas por las comunidades cristianas en estos momentos, ¿cómo afrontaron este gravísimo problema? Fundamentalmente a través de tres medios:

- 1) formación de un modelo de personalidad capaz de sobrellevar las circunstancias adversas (personalidad heroica o resiliente);
- 2) transformación de los modelos teológicos relacionados con la enfermedad y el dolor, considerados como "castigo de Dios";
- 3) creación y consolidación de una red solidaria de ayuda mutua, muy útil para los momentos previos a la pandemia, pero también durante la propia epidemia y con posterioridad (cáritas).

En los tres casos la fe en el Dios que se nos muestra en la persona de Jesucristo jugó un papel clave.

En relación al *primer elemento*, el clima habitualmente adverso al cristianismo desde los inicios tanto en el ámbito familiar como en el social o político habían ayudado a la construcción de un modelo de personalidad que, utilizando un modelo ya existente (personalidad heroica), ayudó a la supervivencia y crecimiento de las comunidades cristianas. Este modelo previo se basaba en que, ante las circunstancias de adversidad o dificultad, la persona mostraba su valía si era capaz de hacer frente a ellas (*hypomonê*: perseve-

rancia o paciencia), por lo cual era alabada, mientras se consideraba poco digno huir de estas dificultades o sucumbir ante ellas.

El cristianismo lo que hizo, entre otras cosas, fue proponer como modelo excelso de este comportamiento a Jesucristo (y a quienes eran capaces de ser fieles a esta fe: mártires, santos, confesores), establecer una serie de mecanismos pedagógicos para ir consolidando este modelo (rituales, catecumenados, estructuras comunitarias...) y convertirla recompensa temporal y terrena (honor) en eterna y divina (gloria). De esta manera consiguió construir tanto personalidades como grupos resilientes, con gran capacidad no solo de hacer frente a las dificultades, sino de crecerse ante ellas, como fue el caso de las persecuciones y las epidemias. Mientras en las persecuciones el enfrentamiento era ante un adversario visible, las autoridades cívicas o imperiales, ante las que los cristianos tenían que mostrar su fe y defenderla (martirio), en el caso de la epidemia era ante un enemigo invisible, lo mismo que las tentaciones, que obligaba a sacar a luz las auténticas convicciones. Se trata, por tanto, de una prueba a la que hacer frente para mostrar si su fe es verdadera o está sustentada sobre arena.

Así lo expresa Cipriano de Cartago en su escrito sobre la peste:

*[Esta plaga] sirve para mostrar nuestra fe. ¡Qué grandeza de alma luchar sin conmovirse el ánimo contra tantos ataques de la peste y la mortandad! ¡Qué superioridad permanecer en pie sin doblarse en medio de tantas ruinas de los hombres, sin quedar derribado como los que no tienen esperanza en Dios, y alegrarse, en cambio, y aprovechar la ocasión que se nos ofrece de alcanzar el premio de esta vida y de la fe de la mano del juez, si damos pruebas manifiestas de nuestra fe con viril fortaleza y*

*seguimos el camino estrecho que lleva a Cristo a través de la paciencia en los trabajos!*" (De mortalitate 14).

En **segundo lugar**, mientras la cultura religiosa habitual en aquel período consideraba la enfermedad, y por tanto, la epidemia, como un castigo divino ante el previo pecado humano (cuanto más nefanda la infracción, más terrible el castigo), y por lo tanto la única solución ante la epidemia consistía en una serie de rituales compensatorios (inmolación del pecador, sacrificios propiciatorios, petición de auxilio...), el cristianismo no plantea que esta sea la solución al problema, porque desvincula la enfermedad del pecado y conecta a Dios, no con la venganza o el deseo de restitución, sino con el amor y la misericordia.

Por lo tanto, no considera la epidemia como un castigo, sino más bien como una *prueba* que el creyente debe superar para su crecimiento. Tiene, por tanto, un carácter pedagógico, nos enseña aquello en lo que fundamentamos realmente nuestra existencia, nos muestra nuestras debilidades y nos invita a la conversión, que no consiste en algo exterior (sacrificios), sino interior: cambio de vida, orientada hacia Dios.

Frente al elemento anterior, donde ya existía un modelo de personalidad previo que el cristianismo transformó, en este caso la confrontación teológica es visceral pues se oponen unos dioses necesitados de sacrificios frente al Dios misericordioso, capaz de entregar a su propio Hijo; una manera patológica de ver a la divinidad: bien desde el punto de vista sádico o masoquista, cuando no absentista (los dioses viven en el empíreo, ociosos y despreocupados de los humanos), frente a un Dios preocupado por el destino de su creatura, pero al que no libera ni lo protege de manera "mágica" de su condición humana. Por eso el Dios cristiano es Dios de la vida, y no de la

muerte, y no cuida solo de los "suyos", sino que hace salir el sol sobre justos e injustos.

De aquí la importancia de asumir nuestra común condición humana, de la que no nos "salva" Dios por el hecho de ser creyentes, como dirá Cipriano de Cartago:

*"Pues, ¿qué no tenemos de común con los demás hombres en este mundo, cuando hasta somos de la misma carne que los demás, según la ley del nacimiento natural? Mientras estamos en este siglo, tenemos el mismo cuerpo que los otros hombres; solo nos diferenciamos por el espíritu. Por tanto, hasta que este cuerpo corruptible se vista de la incorrupción, y esta carne mortal reciba el goce de la inmortalidad, y el Espíritu nos conduzca a Dios Padre, todas las incomodidades del cuerpo nos son comunes con los demás hombres... Y nosotros sufrimos como los demás dolores de ojos, fiebres y las indisposiciones de todos los miembros mientras aguantamos en este mundo el peso de la misma carne", De mortalitate 5.*

Pero las comunidades cristianas no se contentaron solo con propuestas de carácter personal o teórico, sino que plantearon en tercer lugar una intensa red de solidaridad:

a) Antes de la epidemia: con un intenso apoyo mutuo, dado que la respuesta de las élites sociales y económicas, de las que dependía un elevado número de personas, consistía casi siempre en la huida a espacios no contaminados, dejando a su suerte al resto de la sociedad.

b) Durante la epidemia: frente a la actitud de muchas familias, que expulsaban a sus miembros afectados por la enfermedad, como expresa Dionisio de Alejandría en una de sus cartas:

*"En cambio, entre los paganos fue al contrario: incluso apartaban a los que empezaban a enfermar y rehuían hasta a los más queridos, y arrojaban a moribundos a las calles y cadáveres insepultos a la basura, intentando evitar el contagio y la compañía de la muerte, empeño nada fácil hasta para los que ponían más ingenio en esquivarla" (EUSEBIO DE CESAREA, Historia eclesiástica VII,22,10),*

La actitud predominante en la comunidad cristiana fue el acompañamiento, el cuidado y la atención de aquellas personas más necesitadas de ayuda, aunque esto supusiera para muchos de ellos el contagio o incluso la muerte:

*"En todo caso, la mayoría de nuestros hermanos, por exceso de su amor y de su afecto fraterno, olvidándose de sí mismos y unidos unos con otros, visitaban sin precaución a los enfermos, les servían con abundancia, los cuidaban en Cristo y hasta morían contentísimos con ellos, contagiados por el mal de los otros, atrayendo sobre sí la enfermedad del prójimo y asumiendo voluntariamente sus dolores. Y muchos que curaron y fortalecieron a otros, murieron ellos, trasladando a sí mismos la muerte de aquellos y convirtiendo entonces en realidad el dicho popular, que siempre parecía de mera cortesía: 'Despidiéndose de ellos humildes servidores" (ib. VII,22,7).*

Algo especialmente notable entre los miembros más comprometidos de la comunidad:

*"En todo caso, los mejores de nuestros hermanos partieron de la vida de este modo, presbíteros –algunos–, diáconos y laicos, todos muy alabados, ya que este género de muerte, por la mucha piedad y fe robusta que entraña, en nada parece ser inferior*

*incluso al martirio. Y así tomaban con las palmas de sus manos y en sus regazos los cuerpos de los santos, les limpiaban los ojos, cerraban sus bocas y, aferrándose a ellos y abrazándolos, después de lavarlos y envolverlos en sudarios, se los llevaban a hombros y los enterraban. Poco después recibían ellos esto mismo, pues siempre los que quedaban seguían los pasos de quienes les precedieron" (ib. VII,22,8-9).*

c) Después de la epidemia, mediante la ayuda económica, tan necesaria en estos momentos, donde las familias habían quedado empobrecidas y las instituciones de beneficencia tanto cívicas como imperiales eran o inexistentes o con muy poca incidencia real, como vemos en la obra *Sobre las buenas obras y la beneficencia* de Cipriano de Cartago, compuesta justo al acabar la epidemia.

## Conclusiones

El coste económico, humano e institucional por este planteamiento tan novedoso ante las epidemias fue sin duda terrible para las comunidades cristianas, y más si lo sumamos a la persecución precedente, pero a pesar de todo, el resultado no pudo ser más beneficioso: en primer lugar, este modelo de personalidad tan resiliente se mostró tremendamente eficaz para soportar todas las dificultades, lo que le ofrecía una ventaja cualitativa para futuros desafíos (de ámbito exterior e interior).

En segundo lugar, el comportamiento ante las epidemias fue beneficioso para los propios miembros de la comunidad, que experimentaron cómo las obligaciones de pertenecer a un grupo tan exigen-

te se veían compensadas con creces por los beneficios recibidos: no solo merecía la pena, sino que además esta red de ayuda mutua permitió la supervivencia de un mayor número de cristianos que de miembros de otros grupos sociales o religiosos (beneficios demográficos).

En tercer lugar, para la propia institución eclesial, que vio reconocida su tarea caritativa con nuevas incorporaciones en sus filas, pues sin duda este fue uno de los medios evangelizadores de mayor calado en este tiempo.

En cuarto lugar, en el ámbito teológico, porque marcaba la diferencia entre el modelo "pagano" de enfrentarse a la epidemia (culpabilizador y buscando un chivo expiatorio) y el modelo "cristiano" de hacerlo, donde la epidemia no era vista como un castigo de Dios, sino una prueba; y la conducta creyente no consistía en la búsqueda de soluciones mágicas o exclusivas para cristianos, sino en asumir nuestra común condición humana y poner todos los dones recibidos por el Creador para el cuidado de nuestro prójimo, especialmente el más necesitado.

Por eso, aunque pueda parecer muy "cristiano" hablar de la epidemia como "castigo de Dios", en realidad es regresar al estadio pagano de vivir la epidemia, y plantear que el Dios cristiano protege de manera especial o exclusiva a sus fieles de la epidemia, dejando a los demás a su suerte, supone no solo una traición a nuestra común condición humana, con la que fuimos creados y asumió el propio Jesucristo con su encarnación, sino sobre todo y especialmente, reducir al Dios universal y misericordioso a un vulgar ídolo local, obligado a cumplir los deseos de sus creaturas mediante rituales más cercanos a la magia y la superstición que a la experiencia creyente.